proletarios quedarán burladas. A los bancos del Congreso no van los proletarios, sino los burgueses.

Pero aun suponiendo que por un verdadero milagro todos los bancos del Congreso estuvieran ocupados por proletarios y que, por esa razón, se aprobase el programa del partido liberal mexicano y se decretase la expropiación de la tierra para entregarla al pueblo; aun suponiendo que al frente de los destinos del país se encontrase un ángel bajado del cielo para hacer cumplir la voluntad del Congreso: ¿creíis que los señores hacendados obedecerían la ley y se dejarían quitar las tierras? Suponer eso, creer que los ricos se someterían á la humillación de quedar en la misma posición social que los trabajadores. es una verdadera niñería. No; los señores hacendados se levantarían en armas si algún Congreso tuviera la audacia de decretar la entrega de la tierra al pueblo, y entonces el país se vería envuelto de nuevo en las llamas de una revolución, en la que tal vez naufragasen las sanas aspiraciones de los trabajadores inteligentes.

¿Qué necesidad hay de aplazar la expropiación de la tierra para cuando se establezca un nuevo Gobierno? En la presente insurrección, cuando el movimiento esté en toda su fuerza y el partido liberal haya logrado la preponderancia necesaria, esto es, cuando la fuerza del partido pueda garantizar el éxito de la expropiación, es cuando debe hacerse efectiva la toma de posesión de la tierra por el pueblo, y entonces ya no podrán ser burladas las aspiraciones de los desheredados.

Compañeros: Benito Juárez fué instado durante la revolución de Reforma á que no quitase al clero sus bienes hasta que se hiciera la paz. Pero Benito Juárez vió bastante lejos y comprendió que si se expropiaban al clero sus bienes cuando se hiciera la paz, el clero volvería á trastornarla y el país se vería envuelto en una nueva revuelta. Quiso ahorrar sangre y dijo: es mejor hacer en una revolución lo que tendría que hacerse en dos. Y así se hizo.

Hagámoslo así los liberales. En una sola insurrección dejemos como un hecho consumado la toma de posesión de la tierra.

No hagamos aprecio á los que aconsejen que se deje la expropiación de la tierra *para después del triunfo*. Precisamente el triunfo debe consistir en la consumación del acto más grande que han visto las naciones desde que comenzaron á vivir: la toma de posesión de la tierra por todos los habitantes de ella, hombres y mujeres.

Pero si ofuscada nuestra razón por las promesas de los políticos que todo lo aplazan *para después del triunfo* nos afiliamos á las banderas de esas sirenas que nos hablan de leyes libérrimas, de democracia, de derechos políticos, de boletas electorales y de todas esas farsas que sólo sirven para desviar al proletariado del camino de su verdadera emancipación: la libertad económica; si de nada nos sirven las elocuentes lecciones de la Historia, que nos habla de que ningún hombre puede hacer la felicidad del pueblo pobre cuando está ya al frente del Gobierno; si queremos seguir siendo esclavos de los ricos y de las autoridades *después del triunfo*, no vacilemos, volemos á engrosar las filas de los que pelean por tener un nuevo amo que se haga pagar bien caros sus «servicios».

Compañeros: Despertad, despertad hermanos desheredados. Vayamos á la revolución, enfrentémonos al despotismo; pero tengamos presente la idea de que hay que tomar la tierra en el presente movimiento, y que el triunfo de este movimiento debe ser la emancipación económica del proletariado, no por decreto de ningún gobernante, sino por la fuerza del hecho; no por la aprobación de ningún Congreso, sino por la acción directa del proletariado.

Me imagino qué feliz será el pueblo mexicano cuando sea dueño de la tierra, trabajándola todos en común como hermanos y repartiéndose los productos fraternalmente, según las necesidades de cada cual. No cometáis, compañeros, la locura de cultivar cada cual un pedazo. Os mataréis en el trabajo igual que os matáis hoy. Unios y trabajad la tierra en común, pues todos unidos la haréis producir tanto, que estaréis en aptitud de alimentar al mundo entero. El país es bastante grande y pueden producir sus ricas tierras todo lo que necesiten los demás pueblos del planeta. Mas eso, como digo, sólo se consigue uniendo los esfuerzos y trabajando como hermanos. Cada cual, naturalmente, si así lo desea, puede reservarse un pedazo para utilizarlo en la producción según sus gustos é inclinaciones, hacer en él su casa, tener un jardín; pero el resto debe ser unido á todo lo demás si se quiere trabajar menos y producir más. Trabajada en común la tierra, puede dar más de lo suficiente con dos ó tres horas de trabajo al día, mientras que cultivando uno solo un pedazo tiene que trabajar todo el día para poder vivir. Por eso me parece mejor que la tierra se trabaje en común, y esta idea creo que será bien acogida por todos los mexicanos.

¿Podrá haber criminales entonces? ¿Tendrán las mujeres que seguir vendiendo sus cuerpos para comer? Los trabajadores llegados á viejos, ¿tendrán que pedir limosna? Nada de eso: el crimen es producto de la actual sociedad basada en el infortunio de los de abajo en provecho de los de arriba. Creo firmemente que el bienestar y la libertad son fuentes de bondad. Tranquilo el ser humano; sin las inquietudes en que actualmente vive por la inseguridad del porvenir; convertido el trabajo en un simple ejercicio higiénico, pues todo se producirá en abundancia con el auxilio de la gran maquinaria de que entonces se podrá disponer libremente: desvanecida la codicia, la falsedad de que hay que hacer uso ahora para poder sobrevivir en este medio maldito, no tendrán razón de ser el crimen ni la prostitución, ni la codicia, y todos como hermanos gozaremos la verdadera Libertad, Igualdad y Fraternidad que los burgueses quieren conquistar por medio de la boleta electoral.

Compañeros: á conquistar la Tierra.

RICARDO FLORES MAGÓN

(De *Regeneración*)

INICIATIVA

Hace algún tiempo que diversas agrupaciones instan á las demás á tomar parte en un Congreso Anarquista, en España, con el fin de discutir tópicos de importancia capitalísima para nuestro ideal.

Nosotros, comprendiendo que un Congreso Oral exige grandes sacrificios económicos, y que estos recursos irían á engrosar los fondos de las Compañías ferrocarrileras, Hoteles, etc., proponemos se abra en las columnas de TIERRA Y LIBERTAD *el siguiente certamen:*

Concurso Científico Sociológico

La Agrupación individualista «Los Egoístas» adjudicará ciento cincuenta pesetas, *divididas en tres iguales premios, á los tres artículos que más breve, más claro y más ameno definan los temas siguientes:*

1.° ¿Cómo se podrá vivir—sin gobierno—anárquicamente, en comunismo?

2.° La organización obrera, tal cual la propagan los sindicalistas (descartando la anárquica ideología), ¿no es un medio para perpetuar la explotación?

3.° Para que la enseñanza moderna—racionalista—dé jóvenes libres ¿debe ser «neutral» ó anarquista?

«LOS EGOÍSTAS»

Gatún Z C (Panamá)

Notas.—Primer tema: fallará Leopoldo Bonafulla, si quiere prestar su valiosísimo concurso.

Segundo: La redacción de TIERRA Y LIBERTAD, *ó quien ella proponga.*

Tercero: Federico Forcada, director de La Enseñanza Moderna, *de Valladolid.*

El concurso deberá empezar el 1.° de marzo y finalizará el 1.° de julio de 1911.

Los trabajos se publicarán en la primera página de TIERRA Y LIBERTAD.

Aspecto social de la lucha contra la tuberculosis

Conferencia por el Dr. Queraltó

La tuberculosis nos rodea, nos acosa, nos oprime, de tal modo, que, según esta interesante conferencia, nos hallamos en un atolladero, en un callejón sin salida, al borde de abismo mortal que amenaza á la humanidad en plazo breve si no se despabila á tiempo.

El Dr. Queraltó exclama al final de su trabajo: «La tuberculosis es la expresión patológica de la humanidad degenerada...» «... Si de este modo, una tras otra se arruinan é infectan las generaciones, de seguir por esta senda la humanidad acabará por agotarse y desaparecer de la tierra.» «No se agotará, se está agotando; no se morirá, se está muriendo. ¡Esto se va!»

Para dar tal grito de alarma se funda en que si pudo ser antaño el tuberculoso un singular caso clínico, un ejemplar morboso sólo visible de vez en cuando, en la actualidad la tuberculosis nos devora: su cifra anual de mortalidad siempre ascendente espanta. En todas las naciones siega vidas y vidas; es la continua hecatombe, hasta el punto de que para formar los Estados sus ejércitos se ven precisados á constituirlos con legiones de infectados; en Prusia (caso verdaderamente sugestivo) en el honorífico regimiento de la Guardia, hubo que suspender la prueba de la tuberculina porque casi todos los soldados resultaban tísicos.

La medicina, por lo visto, ha hecho cuanto podía, «hemos aprendido á curar á los ricos, á quienes cuentan con recursos para su debido tratamiento...», dice sencillamente el autor, se les ha desvanecido el miedo al aire y á la limpieza, se les ha llevado á las montañas, se les ha hecho vivir á cielo raso y dormir con las ventanas abiertas y la razón y la naturaleza han hecho el resto; pero la medicina es impotente contra el pobre, contra el que no sabe y no puede gozar del aire, del sol, de la limpieza, de la actividad prudente; necesita del apoyo de la sociología y de la sociedad, y en su lugar se ha presentado el capital, y á él se debe el sanatorio-reclamo, pudiera decirse el sanatorio-timo, que si no cura al enfermo enriquece al accionista.

Se han establecido sanatorios para pobres, mas no para los pobres, y como en ellos no caben todos, y aun para los preferidos, antes y después del sanatorio hay la vida mísera del desheredado, el contagio cunde hasta la amenaza de cegar las fuentes de la vida.

Los datos recogidos para este estudio por el Dr. Queraltó sobre las condiciones de vida del trabajador son dantescos, peor quizá, porque la poderosa imaginación de Dante no podía concebir el mísero abatimiento á que la industria capitalista ha reducido al trabajador, al ciudadano de la moderna democracia, al que, elevado por las constituciones políticas á participante de la soberanía, es en la realidad social un vil paria.

No insistiré sobre ellos; harto conocidos nos son los horrores del trabajo en el campo, en el mar, en la mina, en el taller, en la fábrica, en la casa-tabuco ante la máquina de coser, donde quiera que el propietario-capitalista estruja al asalariado y, por el derecho de accesión, le despoja del fruto de su trabajo.

Quedamos en que la enfermedad en cuestión es curable en teoría y prácticamente para los ricos, y aun sólo para ciertos ricos; lo incurable es su propagación, su extensión dominante y desbordante, de la cual da idea como botón de muestra el siguiente interesante dato: según un médico alemán, los sanatorios son un postulado de la civilización; con 25,000 camas en Alemania y proporcionalmente en las demás naciones quedaría resuelto el problema. Poco después, profundizando más el estudio, el mismo doctor exclamaba: ¡hay 800,000 alemanes tuberculosos! ¡No hay capital social para atenderlos!

¿Remedio á tan grave mal; solución á tal problema? Ya lo hemos dicho: la Medicina y la Sociología asociadas. Pero estas meritísimas entidades se encuentran dificultadas en su obra por otra, el Privilegio, que divide á los hombres, respecto de la tuberculosis, en curables é incurables; los que por la herencia, por la renta, por la usura ó por la explotación, pueden pagarse un tratamiento de descanso, aire, luz y sana alimentación, y los que, para que los usurpadores de la riqueza social vivan á sus anchas, trabajan hasta reventar, y, mal alimentados, pasan su vida en antros lóbregos é infectos.

¿Luego el Privilegio es el enemigo?

Sí; pero el Privilegio es la Ley.

Por ella el propietario es dueño de la tierra, de lo que está debajo de ella, de las fuerzas naturales y artificiales que sobre ella obran, y de cuanto produce, se le une é incorpora ó se le hace producir natural ó artificialmente: al propietario pertenecen los frutos naturales, los frutos industriales y los frutos civiles y por ello se enriquece y llega á las cúspides sociales, en tanto que el no propietario, es una fuerza y una inteligencia de alquiler, servil, á quien se le paga su trabajo para la producción, recolección, conservación y cambio de los productos, es decir, que cuenta únicamente con el salario alambicado cuando el propietario le necesita, porque no es más que un accesorio para la vida del propietario, y cuando su señor, su alquilador, el amo no le necesita, ó cuando los tiempos están malos, ó hay crisis, ó se retira del negocio con sus ganancias, ó cuando se inventa una máquina, queda absolutamente privado de medios de vida y se muere de hambre hasta en la vía pública.

Pues contra el bacilo tuberculoso la Medicina, contra el Privilegio la Sociología, y, ayudando su marcha evolutiva, el Proletariado emancipador produciendo la Revolución Social: he ahí la solución del problema.

Piénsenlo bien los médicos higienistas, los que á cada paso tropiezan con la imposibilidad de aplicar sus recursos terapéuticos por la pobreza de los pacientes, los que con las recetas y con la seguridad de no cobrar sus visitas han de deslizar además una moneda auxiliar, los que son capaces de morir heroicamente á la cabecera de los apestados, los que saben que la fraternidad humana es un principio social positivo, esencialmente humano, y no aspiración utópica.

La unión de la Ciencia y el Trabajo ha de ser fecunda y salvadora.

Tales son la impresión y las consideraciones que me ha inspirado la lectura de tan interesante trabajo.

ANSELMO LORENZO

Para el señor Ródenas

director de la cárcel celular de Barcelona

Se da el caso, verdaderamente anómalo, que los reclusos paguen con frecuencia el mal humor de algunos empleadillos.

El otro día, al salir los reclusos de sus celdas de la 4.ª galería, para ir al paseo, ocurrió que dos de ellos llevaban un cigarrillo entre los dedos, pero sin fumar. Pues bien: uno de esos empleadillos (que porque van vestidos de canterberos ya se creen que son alguien) salió de su cuarto que parecía un miura después de ponerle un par de banderillas, y los vió.

Y aquí fué Troya!

¿Usted cuánto tiempo lleva aquí?, le dijo con un rugido lo menos humano que darse pueda.

Cuatro meses, le contestó el recluso.

Pues á la celda, por hoy ya ha paseado usted; para que aprenda á no salir de la celda con el cigarro.

¡Y usted también, á la celda!, le dijo al otro.

Creí que nos iba á mandar á todos.

Pero, siempre que llueve escampa, dice el refrán, se conformó con escarbar un poco... y nos mandó á paseo.

Esto es un atropello inicuo; dejar á dos reclusos sin paseo, por el solo hecho de llevar un cigarrillo entre los dedos, no debe hacerse, máxime cuando todos los reclusos lo llevan y nadie les dice nada.

Si ese empleadillo tiene mal genio que lo guarde para cuando regañe con su suegra, nosotros no tenemos la culpa.

Yo no sé si el régimen celular prohibirá que los reclusos fumen fuera de la celda, y si se quiere que se sepa que se nos lea, como se leen las leyes penales en los cuarteles y así no faltaremos, pues yo, que llevo aquí unos cuantos meses, no sé en que consiste el régimen celular y, francamente, no me gustaría pagar faltas de otros.

Y sobre todo, ¡por los clavos de una puerta vieja! que se tenga preparada una jaula, porque algunos empleadillos son tan rabiosos que algún día van á morder.

Y que se les eduque.

UN HABITANTE DE LA CÁRCEL

A los compañeros de Culebra (Panamá)

Contestando al remitido que en vuestro nombre remitió á este periódico el compañero C. Ortega, y que se publicó en el número 48, nos envía la siguiente nota el presidente de la Federación de Sociedades Obreras de Bilbao:

«Según leo en el número correspondiente al 1.° de febrero de 1911, apareció una carta que firma C. Ortega, por los obreros del distrito de Culebra, del Canal de Panamá, en la que dice haber enviado por cable, á cobrar á la vista, del Banco de Vizcaya, 2,014'28 pesetas, mandadas por Juan López Hernández, el 19 de septiembre de 1910. Es cierto que dicha cantidad se recibió para los obreros mineros en huelga: pero tengan presente los compañeros de Culebra, sobre todo el compañero C. Ortega, que la cantidad enviada vino dirigida á la Federación de Mineros y no al presidente de la Federación de Sociedades Obreras de Bilbao. Con esto demuestro no tener que contestar á los referidos compañeros.»

Por la Federación de Sociedades Obreras de Bilbao, *José María Cadarso*, presidente.

Nota.—Los compañeros mineros han mandado carta y recibo de la cantidad recibida.»

La esclavitud voluntaria

Juan y Pedro llegaron á la edad en que es preciso trabajar para poder vivir. Hijos de trabajadores, no tuvieron la oportunidad de adquirir una regular cultura que los emancipase de la cadena del salario. Pero Juan era animoso. Había leído en los periódicos cómo hombres que habían nacido en cuna humilde habían llegado por medio del trabajo y del ahorro á ser los reyes de las finanzas y á dominar con la fuerza del dinero no sólo los mercados, sino las naciones mismas. Había leído mil anécdotas de los Vanderbilt, de los Rockfeller, de los Rostchild, de los Carnegie, de todos aquellos que, según la prensa y hasta según los libros de lectura de las escuelas, con que se embrutece á la niñez contemporánea, están al frente de las bancas mundiales, no por otra cosa sino—vil mentira—por su amor al trabajo y su devoción por el ahorro.

Juan se entregó al trabajo con verdadero ardor. Trabajó un año y se encontró tan pobre como el primer día. A la vuelta de otro año se encontró en las mismas circunstancias. Y siguió trabajando más, sin desmayar, sin desesperar. Pasaron cinco años y se encontró con que, á fuerza de sacrificios, había logrado reunir algunas monedas, no muchas. Para ahorrarlas, necesitó disminuir los gastos de su alimentación, con lo que debilitó sus fuerzas: vistió andrajos, con lo que el calor ó el frío le atormentaron, debilitando igualmente su organismo; habitó miserables casucas, cuya insalubridad aportó á su organismo su contingente debilitante. Pero Juan siguió ahorrando, ahorrando dinero á expensas de su salud. Por cada céntimo que guardar, perdía una parte de su fuerza. Para no pagar renta á propietario alguno, compró un lote y fabricó una casita. Después se casó, y el registro civil y el cura le arrancaron una buena parte de los ahorros obtenidos á costa de tantos sacrificios. Pasaron algunos años más: el trabajo no era constante y las deudas comenzaron á afligir al pobre Juan. Un día se enfermó uno de sus hijitos y el médico no quiso asistir al enfermito porque no se le ofrecía dinero, y en el dispensario público atendieron tan mal á la criatura, que ésta murió. Juan, sin embargo, no se daba por vencido. Recordaba sus lecturas sobre las famosas virtudes del ahorro y otras patrañas por el estilo. Tenía que ser rico porque trabajaba y ahorraba: ¿no habían hecho lo mismo Rockfeller, Carnegie y muchos más ante cuyos millones suelta la baba la humanidad inconsciente? Entretanto, los artículos de primera necesidad iban subiendo de precio de manera poco tranquilizadora. La ración alimenticia se disminuía hasta su extremo límite en el hogar del inocente Juan, y, á pesar de todo, las deudas aumentaban y ya no podía ahorrar. Para colmo de desdichas, el dueño de la explotación en que Juan comenzó á trabajar, decidió emplear trabajadores por menos costo, y nuestro héroe y muchos más se vieron de la noche á la mañana despedidos del trabajo, ocupando sus lugares nuevos esclavos que, como los anteriores, soñaban con riquezas amasadas á fuerza de trabajo y de ahorro. Juan tuvo que empeñar su casa, esperando todavía poner á flote la barca de sus ilusiones que se hundía, se hundía sin remedio. No pudo pagar la deuda y tuvo que dejar en las manos de los prestamistas el producto de su sacrificio, él pequeño bien amasado con su sangre. Obstinado, Juan quiso todavía trabajar y ahorrar; pero en vano. Las privaciones á que se sujetó por el ansia de ahorrar, el trabajo pesado que había ejecutado en los mejores años de su vida, le habían destruído el vigor.

En todas partes donde solicitaba trabajo, se le decía que no había ocupación para él. Era una máquina de producir dinero para los amos, pero demasiado gastada ya. Las máquinas viejas son vistas con desprecio. Y entre tanto la familia de Juan padecía hambre. En la negra casuca no había fuego, no había abrigos para combatir el frío; las criaturas pedían pan con verdadera furia. Juan salía todas las mañanas en busca de trabajo, pero ¿quién había de alquilar sus brazos viejos? Y después de recorrer la ciudad y los campos llegaba al hogar donde le esperaban contristados y hambrientos los suyos, su mujer, sus hijos, los seres queridos para quienes soñó las riquezas de Rockfeller, la fortuna de Carnegie.

Una tarde Juan se detuvo á contemplar el paso de ricos automóviles ocupados por personas regordetas, en cuyo rostro podía adivinarse la satisfacción de una vida sin preocupaciones. Las mujeres charlaban alegremente y los hombres, almibarados é insignificantes, las atendían con frases melifluas que habrían hecho bostezar de fastidio á otras mujeres que no hubieran sido aquellas burguesas.

Hacía frío: Juan tembló pensando en los suyos, que le esperaban en la negra casuca, verdadera mansión del infortunio. ¡Cómo tiritarían de frío en aquel instante! ¡cómo debían sufrir las torturas indescriptibles del hambre! ¡qué amargas debían ser las lágrimas que derramasen en aquellos momentos! El desfile elegantísimo continuaba. Era la hora de exhibición de los ricos, de los que, según el pobre Juan, habían sabido atrabajar y ahorrar: como los Rosctbild, como los Carnegie, como los Rockfeller. En un lujoso carruaje venía un gran señor. Su porte era magnífico. Tenía canas, pero su rostro estaba joven. Juan se llevó la mano á los ojos como para limpiarlos, temiendo ser víctima de una ilusión. No, no le engañaban sus viejos y opacos ojos: aquel señor era Pedro, su camarada de la infancia. ¡Cuánto ha de haber trabajado y ahorrado, pensó Juan, para que haya podido salir de la miseria y llegar á tanta altura y ganar tanta distinción!

¡Ah, pobre Juan! No había podido olvidar los imbéciles relatos de los grandes vampiros de la humanidad; no había podido olvidar lo que leyó en los libros de las escuelas en que tan concienzudamente se embrutece al pueblo.

Pedro no había trabajado. Hombre sin escrúpulos y dotado de gran malicia, había podido apercibirse de que lo que se llama honradez no es fuente de riquezas, y se dedicó á engañar á sus semejantes. Apenas reunido algún fondo, instaló un taller y alquiló brazos baratos, y de ese modo fué subiendo, subiendo. Ensanchó sus negocios y alquiló más brazos y más y más y se convirtió en millonario y en gran señor, gracias á los innumerables «Juanes» que toman á pies juntillos los consejos de la burguesía.

Juan continuó presenciando el brillante desfile de haraganes y haraganas. En la esquina próxima, un hombre dirigía la palabra al público. Escaso auditorio tenía, en verdad, aquel orador. ¿Quién era? ¿qué predicaba? Juan fué á escuchar.

—Compañeros, decía el hombre, ha llegado el momento de reflexionar. Los capitalistas son unos ladrones. Sólo por medio de malas artes se puede llegar á millonario. Los pobres nos deslomamos trabajando, y cuando ya no podemos hacerlo, nos despiden los burgueses como dejan sin amparo al caballo envejecido en el servicio. Tomemos las armas para conquistar nuestro bienestar y el de nuestras familias.

Juan lanzó una mirada despreciativa al orador, escupió al suelo con coraje y se marchó á la casuca negra donde le esperaban afligidos, con hambre y con frío, los seres queridos. No podía morir en él la idea de que el ahorro y la laboriosidad hacen la riqueza del hombre virtuoso. Ni ante el infortunio inmerecido de los suyos pudo reaccionar el alma de aquel miserable educado para esclavo.

R. F. M.

DENUNCIADO

Nuestro último número ha sido denunciado por el magistral artículo de Pedro Gori, titulado: «Lo que nosotros queremos». Sentimos la denuncia únicamente por las molestias que nos ocasiona tener que dejar el trabajo para ir al Juzgado, y continuaremos la labor como si nada hubiera ocurrido. Puede el baile continuar.

La Argentina y sus grandezas

Con este título circula un libro en las bibliotecas aristocráticas, escrito por el inolvidable Blasco Ibáñez; inolvidable digo, porque al par de un Ferri, pusieron sus plumas á disposición de la autocracia argentina en cambio del oro al segundo, y de algunas leguas de terrenos el primero, que dicho sea de paso, le otorgaron los parlamentarios argentinos en la región más fértil del país (*La mesopotamia argentina*), donde según declaraciones del mismo será explotado con brazos valencianos. Ya veis, trabajadores españoles, la obra de los caudillos que sueñan con la república; de lo que son capaces para conseguir el tan deseado dinero.

Hacer la apología del libro en cuestión creo estará demás, puesto que los lectores de TIERRA Y LIBERTAD lo conocerán mejor que el que escribe estas líneas, y principiaré por describir lo que el señor Blasco Ibáñez llama grandezas.

El señor Ibáñez, en la excursión hecha al norte de la república, viajó en cómodos coches dormitorios. Desde las ventanillas miraba al indio encorbado en los surcos de caña, al pobre paisano envuelto en ropa de lona, los pies cubiertos sólo con una plantilla de cuero que le llamamos sandalias; pero para él todo aquello era una grandeza, porque estaba cómodamente atendido, por serviciales especiales, que pagaba ese mismo indio y paisano, con el fruto de su trabajo, en calidad de impuesto que pesa todos los años sobre nuestras espaldas.

Visitó las grandes ciudades, dando conferencias á un tanto por palabra, obligándose únicamente á prometer que escribiría un libro, pero ¡qué libro! el fruto de la hipocresía.

Paseó en cómodos carruajes, se hospedó en suntuosos hoteles, visitó las grandes fábricas industriales, conoció las covachas donde habita el obrero, y vió los exorbitantes alquileres que paga, á pesar de ser un país rico, y á todo esto le llamó grandezas.

Conoció los hombres que dirigen los destinos del país y las leyes draconianas que pesan como barras de hierro sobre las espaldas proletarias; conoció los actos de la policía para con el pueblo que exige libertades; conoció las tramoyas electorales; conoció los asaltos hechos á los diarios que predican la libertad; conoció las prerrogativas del clero y de los políticos; conoció de lo que son capaces nuestros gobernantes, y las causas por qué el pueblo argentino vivió cuatro años en estado de sitio, bajo cuyo amparo cometieron los mayores abusos y crearon leyes peores aún que la de residencia, por la cual está prohibido pensar libremente, reunirse, á no ser que sea por asuntos políticos, por la cual no se permite aglomeración en las calles, máxime si los que la forman van vestidos de blusa, y mucho peor si son extranjeros, que está prohibido llevar corbatas rojas y usar melenas. Conoció también el señor Blasco que la república federal no se diferencia de la monarquía española: conoció, en fin, que los gobiernos, sean como sean, son los mismos perros con diferentes collares; pero, sin embargo, como ambicioso del oro, ha sabido llamarle grandezas.

Trabajadores españoles: todo cuanto he expuesto en pocas líneas es el fruto de la verdad, es todo cuanto os espera en esta tierra de promisión; al dirigiros á ella traed grabada en vuestra mente estas palabras, para que os convenzáis mejor. Todo cuanto te digan los Ferri y los Blasco Ibañez son mentiras, pues son mercaderes comisionistas de emigración. En la República Argentina no hay libertades; en ella hay quien muere tísico por falta de alimento á pesar de ser un terreno fértil: en ella hay quien dé cuatro tiros á un hombre por defender su dignidad; en ella hay quien reparta las tierras del Estado y el tesoro en los que más oprobios cometieron y masacraron más en las plazas públicas. En fin, en nuestra república tienen un espejo los españoles que piensan ser felices con transformar una monarquía en república (1).

Trabajadores de todo el universo: cumplo con el deber de hombre amante de la libertad al poner de relieve las mentiras de las grandezas de la Argentina: en ella hay solamente hambre, tiranía y explotación.

TEODORO IBÁÑEZ

(1) Advértoles que soy nacido y criado en el territorio que llaman República Argentina.

AVISO.—El compañero inglés Max Nettlau, autor de la «Bibliografía de la Anarquía», desearía obtener, para poderlos incluir en dicho índice bibliográfico de la literatura anarquista mundial, uno ó dos ejemplares de los folletos últimamente publicados ó que se editen en lo sucesivo. A este efecto, ruega á los grupos editores ó á los autores le remitan sus publicaciones de índole anarquista ó sindicalista revolucionaria, en lengua española, en la seguridad de que serán incluídos en los suplementos anuales de la obra por él editada. Asimismo, si algún compañero quiere ó puede enviarle un ejemplar de los folletos que hagan referencia á Francisco Ferrer ó á su proceso, le quedaría agradecido.

Los envíos á esta dirección: M. Max Nettlau, 11, rue du Seine, Paris, VI.e

El Estado contra el individuo

Desde que hubo quien, reconociéndose más fuerte que otro, trató de erigirse y se erigió en señor, existe una lucha permanente entre el Estado y el individuo. La esencia de toda rebelión, aun la menos directamente relacionada con la libertad y la autoridad, es el antagonismo establecido entre el que manda y el que obedece. Incontables los individuos que ha sacrificado el Estado para poder subsistir hasta nuestros días. Sin embargo, cada nueva teoría sacrificada en honor á la diosa Estado, arráncale parte de sus prerrogativas y de sus poderes y hoy, el monstruo de cien cabezas, se halla tan debilitado que nada le queda de aquel brillo que ostentaba cuando se creía ungido por el Señor y representante suyo en la tierra.

El Estado, que aun no reconoce al individuo suficientes condiciones para gobernarse, le ofrece, como á una satisfacción á sus mayores aspiraciones, el derecho de elegir á los que han de gobernarle. Esto es sencillamente una concesión que al individuo ha hecho el Estado obligado por fuerza mayor. Transige con el principio de que el hombre puede gobernarse á sí mismo, desde el momento que le concede el derecho de elegir á los que han de dirigirle.

El Estado se humaniza, cae de su pedestal divino, al permitir lo representen hombres nacidos como los demás mortales. Desde este momento el Estado desciende al nivel del individuo y pierde aquella superioridad que ostentara al creerse ungido y al perder aquella superioridad, pierde su razón de ser.

Si las leyes no se hicieran para los que las formulan, sino para los demás, podríamos declararlas innecesarias elevando á todos los hombres al nivel de los legisladores; y si éstos no fueran superiores, como no lo son, á las demás personas, podríamos considerarnos aptos para dictar disposiciones y declararnos dignos de emanciparnos del Estado. Y esto es lo que sucede realmente, aunque, á decir verdad, la mayoría de los individuos ni se dan cuenta de ello.

El comercio, la industria, la ciencia y el trabajo, tienen iniciativa propia. El Estado se acuerda de ellos, de cuando en cuando, para hacerles pagar tributos á nombre de unos servicios que ejecuta mal y tarde, cuando los ejecuta. Así, el Estado, no es un administrador ni un director que cobra los buenos servicios que presta; es un parásito que se nutre á expensas del individuo.

Todo el mundo desconfía del Estado y todo el mundo obra sin consultarlo. Si él no se metiera donde no es llamado, nadie notaría su presencia, ni su falta siquiera. Es de notar que los mismos defensores del Estado, procuran no encontrarlo en el camino de sus iniciativas, sin atinar que se ven obligados á mantener un organismo que de nada útil sirve y que pone trabas y obstáculos á la actividad individual.

¿Qué misión especial tiene el Estado? ¿El gobierno de los pueblos? Al contrario, los pueblos progresan sosteniendo una lucha contra el Estado. Su conveniencia es siempre opuesta á la del individuo. Por esto las inteligencias bien dispuestas para concebir nuevos horizontes políticos y sociales, vense obligadas á sostener rudo combate entre la fuerza del Estado. De ahí por qué la industria que no puede sustraerse á la acción del Estado, queda aplastada bajo el pesado pie del parásito.

Y no tan sólo el Estado es adversario del individuo á quien cree representar, sino que es enemigo también de los mismos que lo representan ó debería serlo si éstos lo respetaran. El Estado nos quita algo: al consumir, al producir, al nacer, al morir, al comprar, al vender, y después hemos de darle la sangre, la de nuestros hijos, las lágrimas de nuestras madres y de nuestras esposas. En cambio de todo esto tan amado, ¿qué ofrece el Estado? Nada. ¿Proyecta algo un individuo? Menester es tenga el permiso del Estado para la realización de su empresa. ¿Alguien realiza un invento? El Estado ha de dar el permiso para poder explotarlo. De manera, que el Estado, sobre no ayudar al individuo, pone obstáculos á todos sus proyectos.

¿Qué función esencial desempeña? ¿Qué maravilla ha descubierto? Ninguna. He aquí toda su labor: hizo del rayo una manifestación de la ira de Dios; de la tierra un único mundo; del globo una superficie plana, y después paró el sol. Nada administra ni dirige nada, ni nada se puede poner al haber de su cuenta; en cambio al debe ¡cuántas arbitrariedades, cuántos crímenes, cuántas injusticias!

La humanidad ha progresado combatiendo las facultades absorbentes de ese monstruo y el individuo no se desenvolverá libremente ni será feliz mientras el Estado subsista.

CHARLES MONEY

DE JEREZ

La Sociedad de Agricultores de Jerez de la Frontera nos envía una carta, en contestación á un artículo publicado en este periódico, en la que manifiesta que por el hecho de estar domiciliada en la Casa del Pueblo, no tiene nada de política, pues si los obreros que la integran fueran pablistas ó lerrouxistas lo dirían con franqueza.

Manifiesta la Junta de dicha sociedad que por ser de resistencia no tiene otro carácter que el de sindicalista, estando adherida á la Federación Nacional «Solidaridad Obrera».

Manifiestan que los campesinos de Jerez están despojados de todo color político, y si están adheridos á la Casa del Pueblo es porque dentro de ella las sociedades son completamente autónomas.

EL PAYASO

Del cielo azul de la ciencia, ó Enrique Ferri, has caído en el barro.

(Dikman apostrofando á Ferri en el teatro Odeón, de Buenos Aires.)

No más el gran apóstol de una idea que entusiasma y redime; no más el tribuno revolucionario que entona el canto latídico de la rebelión y arrastra á la turba proletaria á la santa batalla redentora; no más el pensador profundo y el socialista sincero que hace el proceso á la vil sociedad burguesa, que azota en una crítica implacable la propiedad privada, el Gobierno, las leyes, las fronteras, el espíritu avaro de nacionalidad y de patria.

Del cielo azul de la ciencia, nuestro gran hombre ha caído en el barro. El vacío se ha hecho á su alrededor. Las masas trabajadoras que tanto le quisieron, que tanto le aplaudieron y le adoraron, hoy lo desprecian y le vuelven las espaldas. El ídolo se ha roto. El socialistón de un tiempo se ha transformado en un polichinela, en un bufón, en un payaso.

Pero en un payaso que no causa risa, en un bufón que causa asco, en un polichinela que aguanta impasible los improperios y los silbidos.

Es un fenómeno natural.

Enrique Ferri no ha venido aquí ni como un talento, ni como hombre desinteresado de ciencia. Ha venido como una coupletista chapucera, á dejar oír su voz.

Ha venido á hacer la América, recomendado del ministro del Extranjero de Italia, al Gobierno argentino y al barón de Río Branco.

Ha venido bien amparado y pagado del Gobierno sudamericano, contratado por los empresarios para una *tournée* de conferencias, como se contratan las gallinas, los puercos ó las bellotas.

Ha venido en brazos de toda la peor raza de vividores, de libertinos, de ladrones y de rufianes á difundir su ciencia malévola, á repetir frase por frase, palabra por palabra, las conferencias aprendidas de memoria, que el público de Europa y de la Argentina ha oído como la reproducción de un disco gramofónico.

Y por esto el pueblo no ha querido saber nada de su ciencia y de sus palabras, y por esto la razón única y verdadera de su completo y vergonzoso fracaso.

En Buenos Aires no tuvo otro público que policías y estudiantes.

La única vez que el pueblo asistió á una de sus conferencias fué en el teatro Odeón, donde se vió cubierto de improperios y silbidos.

En Río Janeiro, á pesar de que el ministro del Extranjero, barón de Río Branco, compró por su cuenta todas las localidades y las hizo repartir gratis, todas las conferencias se vieron desiertas.

En la última, que tuvo lugar en Carlos Gómez, donde fué interrumpido por un compañero nuestro, huyó de la discusión que se le proponía y se vino á San Pablo.

Aquí fracasó, recibiendo solemne silba sonora. En su primera conferencia en San José fué sorprendido por un huracán de silbidos. ¡Parecía el fin del mundo! Apóstrofes de fuego salían de todas partes, especialmente de la galería.

¡Renegado! ¡Vendido! ¡Fonógrafo viviente! ¡Traidor del socialismo! ¡Bufón! ¡Mercader de la ciencia! La borrasca duró un buen cuarto de hora, hasta que fué necesaria la intervención de medio batallón de soldados, para desalojar el público y acabar el tumulto.

En otra conferencia, nuestro veleta habló á las sillas. El público brillaba por su ausencia. En Jahú, donde el bufón fué llamado para dar una conferencia, fracasó en toda la línea. Para tener un poco de gente fué necesario abrir gratuitamente las puertas y renunciar á los ingresos.

De Leme escriben al *Panfulla* que Enrique Ferri fué recibido á los acordes de la marcha real.

¿Queréis un socialismo más bonito?

Esperamos que en otra parte será recibido á los acordes del himno pontifice, y nuestro acróbata de la política, no pudiendo llegar á ser ministro en Italia, llegará á ser secretario en el Brasil,... del cardenal Arcoverde.

Y así será completa toda su trayectoria evolutiva é involutiva: de monárquico á republicano, de republicano á socialista, de socialista á revolucionario anarquista, de anarquista á integralista, de integralista á reformista, de reformista á monárquico y de monárquico... á padre franciscano.

(De *La Bataglia*, de San Paolo (Brasil)

Todo será inútil

En su loca ilusión de detener el progreso y con objeto de sostener el mayor tiempo posible su viejo caserón, que se viene abajo, la burguesía y sus representantes no hacen más que contribuir con sus actos á precipitar su ruina.

En los estertores de su agonía no encuentran otros medios para oponerse á la corriente que amenaza barrerlos y que los barrerá, que emplear la violencia.

Por todas partes no se ve más que los tristes efectos de tan descabellada medida.

A las justas reclamaciones de los trabajadores que, aun estando convencidos de que como únicos productores tienen derecho á satisfacer todas sus necesidades, se conforman con ped